

La Comédiathèque

Un matrimonio de cada dos

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Un matrimonio de cada dos

Jean-Pierre Martinez

Se dice que uno de cada dos matrimonios termina en divorcio... Esa noche, Luís tiene que contarle a sus suegros, quienes lo idealizan, que está divorciándose de su hija, a la cual engañó. Es en ese momento que los padres de Carmen anuncian a la pareja la donación de su mansión en un barrio elegante de Madrid para criar a sus futuros hijos. ¿Cómo reavivar la llama sin parecer simplemente interesado en bienes raíces?

Reparto

Roberto

María

Luís

Carmen

ACTO 1

Un salón burgués. La mesa está puesta para cuatro personas. En un rincón, un árbol de Navidad con guirnaldas. Roberto, de unos sesenta años, y María, de unos cincuenta años, están sentados en extremos opuestos del sofá. Permanecen en silencio por un momento. Un antiguo reloj cucú los saca de su letargo al sonar las ocho en punto.

Roberto – ¿A qué hora dijeron que llegarían?

María – A las ocho y media. Pero ya sabes cómo es. Con el tráfico...

Roberto – A estas horas, les tomará al menos una hora...

María – ¡Vaya idea tuvieron de ir a vivir en un barrio periférico!

Roberto – Es más barato que en el centro.

María – Pero es mucho menos cómodo...

Roberto – Y además, Luís no debe terminar temprano... Está haciendo una suplencia en una clínica dental... En estos barrios populares, no es como aquí, la gente se hace arreglar los dientes después de su trabajo...

María – Cuando tienen dinero para arreglarse los dientes... Fui a verlos una vez en metro. Es aterrador... La gente tiene los dientes en un estado lamentable por allí...

Roberto – ¿Tomaste el metro?

María – Sí... Pero te aseguro que no lo volveré a hacer...

Roberto – Yo también hice una suplencia por allá cuando era joven, justo después de graduarme.

María – Antes de instalar tu primer consultorio dental en Calle de Alcalá.

Roberto – Los barrios obreros, para un dentista, no es un buen negocio. Unos empastes de vez en cuando, una pequeña limpieza dental una vez al año para las fiestas, y eso es todo.

María – Luís es muy valiente.

Roberto – Sí.

María – Nuestra hija tiene suerte de haberse casado con él.

Roberto – Sí...

Un momento de silencio.

María – ¿El abogado te dio todos los papeles?

Roberto – Sí, sí, están ahí, en el escritorio... Solo falta firmarlos...

María – Muy bien. (*Silencio*) ¿Te das cuenta? Esta es la última Navidad en la que recibiremos a nuestra hija aquí con su esposo... Quiero decir, juntos los dos, en nuestra casa...

Roberto – ¿Estás realmente segura de que eso es lo que quieres? Todavía hay tiempo para cambiar de opinión. Después, cuando se lo hayamos anunciado a Luís y a Carmen... No podremos retroceder...

María – Por eso mismo es que debemos decírselo esta noche. De lo contrario, nunca lo haremos. (*Silencio*) Les va a impactar...

Roberto – Podríamos esperar un poco. No hay prisa...

María – Ya lo hemos hablado cien veces. ¿De qué sirve posponerlo otro mes o dos...?

Roberto – Tienes razón. Hay que saber pasar la página.

María – Pronto comienza un nuevo año. Todavía somos jóvenes. Podemos rehacer nuestras vidas...

Roberto – Soy menos joven que tú...

María – Vamos... Sé que todavía puedes agradecerle a las mujeres...

Roberto – Aun así, habremos vivido treinta años juntos en esta casa. No es algo insignificante...

María – En los últimos años, no dejábamos de pelear por cualquier cosa... Ya no era posible, Roberto, lo sabes bien. Es mejor detenerlo antes de que nos convirtamos en verdaderos enemigos uno para el otro... No es lo que quieres...

Roberto – No, claro que no...

María – Bueno, tal vez sea un poco difícil al principio. Para ti y para mí. Pero después, la vida retomará su rumbo... Inventaremos nuevas costumbres, cada uno por su lado. Con otras personas...

Roberto – Sí, claro...

María – Te aseguro que es lo mejor para todos. Y además, te lo dije: al dividir nuestro patrimonio en dos, pagaremos menos impuestos.

Roberto – Tienes razón. Pero aun así... Les va a impactar...

María – Son mayores, ¿no? Y además, ahora que está casada...

Roberto – Sí.

María – Vamos, tengo que ocuparme de la cocina... (*Se levanta.*) ¿No olvidaste comprar el pan, verdad?

Roberto – Mierda, el pan... Ves, ya empiezo a perder la cabeza...

María – Bueno, entonces tendrás que ir ahora mismo...

Roberto – Sí, sí, voy.

María – Date prisa, van a cerrar... Y sabes que a esta hora, a menudo solo tienen pan de molde...

Roberto (*levantándose*) – O peor: pan de nueces.

María – Es bueno con el queso.

Roberto – Detesto el pan de nueces.

María – ¿Ves, Roberto? ¡Ese es el problema de la vida en pareja! ¡No te gusta el pan de nueces, así que no me está permitido comerlo!

Roberto – El pan engorda. Así que el pan de nueces...

María – ¿Crees que estoy demasiado gorda, es eso?

Roberto – No vamos a volver a pelear. No ahora...

María – No.

Roberto – Tienes razón, creo que tomamos la decisión correcta...

Roberto sale hacia la entrada. María suspira y desaparece en la cocina. Llegan Luís, cerca de los treinta años, con estilo elegante y deportivo, y Carmen, un poco más joven, embarazada hasta los dientes. Luís lleva un ramo de flores y paquetes de regalos.

Luís – Todo salió bien al final... Tardamos apenas veinte minutos...

Carmen – ¿Hay alguien ahí?

Luís coloca los regalos junto al árbol de Navidad.

Luís – ¿Qué compraste finalmente para tu madre? Que parezca que estoy un poco al tanto...

Carmen – Verás, es una sorpresa... (*Elevando el tono de voz*) ¡Oh, oh! ¡Estamos aquí!

Luís – La casa es tan grande... Desde la cocina no se oye el timbre de la entrada. Menos mal que tengo las llaves.

Carmen – Sí... Por cierto, no entendí muy bien por qué mi madre te confió las llaves de la casa. Después de todo, yo soy la hija de la familia...

Luís – Vengo más a menudo... Soy yo quien se encarga de la contabilidad de tu padre...

Carmen – Sí, pero precisamente, eso tampoco lo entendí muy bien. ¿No soy yo la contadora? (*Una pausa*) ¡Y además, hasta ahora, mi madre se encargaba de la contabilidad de mi padre!

Luís – Solo le doy una mano con la informática. A su edad, ya no se va a poner con eso...

Carmen – ¿Porque yo no podría ayudar a mi padre con la informática?

Luís – Al parecer, prefiere tratar con un colega... Y dice que tú lo complicas todo... No es del todo falso, ¿verdad?

Carmen – ¿Hay un mensaje subliminal?

Luís – Para nada...

Carmen – ¿Porque no acepto que mi esposo se haga chupar por su asistente entre dos empastes, lo estoy complicando todo?

Luís – Si pudiéramos evitar la vulgaridad...

Carmen – ¿Prefieres la palabra felación?

Luís – En todo caso, sí... Aunque técnicamente...

Carmen – ¿Técnicamente?

Luís – No estoy seguro de que realmente se pueda llamar a eso engañar a su esposa.

Carmen – Claro... Háblale de eso a Bill Clinton...

Luís – Su esposa no se divorció de él...

Carmen – Pero tú no eres el Presidente de los Estados Unidos... No tienes el poder nuclear... Mientras tanto, recuerda que tienes que hablar con mis padres.

Luís – ¿Estás segura de que realmente quieres divorciarte?

Carmen – Creí que ibas a añadir "por tan poco"...

Luís – Podríamos esperar una semana o dos antes de decirles. Para dejar pasar las fiestas. Les va a caer como un golpe...

Carmen – ¿Y tú crees que no me afectó a mí entrar en tu consulta y verte tumbado en el sillón con esa zorra por encima chupándote...

Luís – Lo sé, fue un grave error de juicio de mi parte...

Carmen – Al menos ahora sé dónde escondías tu capacidad de juicio...

Luís – Y ya me disculpé por eso, pero bueno... podríamos seguir reflexionando un poco más...

Carmen – Ya lo he reflexionado lo suficiente.

Luís – Piensa en el bebé...

Carmen – ¿Y tú has pensado en él?

Luís – ¿Pero por qué tendría que ser yo quien les anuncie eso? Tú eres la que quiere divorciarte, no yo. ¡Y además son tus padres, después de todo!

Carmen – ¿Por qué? ¡Porque si lo digo yo, no me van a creer, ¿sabes? Y además sería demasiado fácil, ¿verdad? ¡Te tienen en un pedestal! ¡Eres el yerno ideal! No, quiero escuchar que lo digas delante de ellos: "Soy un miserable, engañé a su hija..."

Luís – Bueno... Técnicamente...

Carmen – Vale, entonces si prefieres: "Soy un miserable, deje que mi asistente me haga sexo oral...". ¿Te parece bien esa expresión? Es un poco anticuada, pero bueno... "Felación", no estoy segura de que lo entiendan.

Luís – Les va a impactar...

Carmen – Sí, un impacto saludable... ¡Una descarga eléctrica! Quiero verte con mis propios ojos caer del pedestal en el que te han puesto injustamente, mientras a mí siempre me han considerado una tonta. (*Alzando la voz al ver el ramo de flores que Luís todavía tiene en las manos*) ¡Y te dije que no quería el ramo!

Luís – Pero es Navidad, después de todo...

Carmen (*gritando*) – ¡Mamá!

Luís – No grites tan fuerte... ¿Por qué te enojas...? Ella va a venir eventualmente... Pero la casa es tan grande...

Carmen – Y pensar que nosotros vivimos en un pequeño apartamento en los suburbios.

Luís – Sin olvidar que pronto seremos tres...

Carmen – ¿No planeas quedarte a vivir con nosotros después del divorcio, verdad?

Luís – No, por supuesto que no...

María vuelve de la cocina con un jarrón.

María – ¡Ah, ya estáis aquí! No os escuché llegar...

Luís – ¡Hola suegra hermosa!

Mientras María coloca su jarrón en una mesita, Carmen, furiosa, le habla a Luís en voz baja.

Carmen – Y si pudieras dejar de llamarla "suegra hermosa", considerando lo que tienes que decirle esta noche...

María ve el ramo de flores que Luís le tiende.

María – ¡Ah, mi querido Luís, que suerte tengo de tener un yerno así... Siempre tan atento... Mi marido no me regalaría flores... Ni mi hija... Apuesto a que, como siempre, tú también elegiste mi regalo de Navidad... ¿No es cierto?

Luís – Bueno, es que...

Carmen – Ya sabes que tengo un marido perfecto.

María – ¡Y yo un yerno ideal! ¿No es así, mi querido Luís?

María abraza cálidamente a su yerno, mientras Carmen la mira con exasperación.

Luís – Deberías ponerlas en agua de inmediato...

María – Tienes razón. Además, te conozco tanto, ya ves. Ya había traído el jarrón...

María toma las flores y se dispone a ponerlas en el jarrón.

Carmen – ¿Y a mí no me das un beso?

María – Sí, sí, claro...

María besa a su hija mucho menos efusivamente que a su yerno, luego pone las flores en el agua y se aleja un poco para admirarlas.

María – Son realmente magníficas. (*Se vuelve hacia su hija.*) Tú, en cambio, tienes mala cara, hija mía...

Carmen – Gracias...

María – Qué se le va a hacer... Hay mujeres a las que les sienta bien el embarazo, y luego otras... Aunque, la verdad, a mí me pasaba lo mismo... Cuando estaba embarazada de ti, tenía un aspecto terrible... y no paraba de vomitar.

Carmen – Sí, lo sé... Nunca dejas pasar una oportunidad de recordármelo...

María – ¿Ya tienes los resultados de tu ecografía? ¿El bebé está bien?

Carmen – Sí, sí... Todo está bien con el bebé, no te preocupes...

María – ¿Y todavía no quieres saber si es niña o niño? Qué idea más rara...

Luís – Preferimos sorprenderte.

Carmen – Sí... Además, Luís tiene otra sorpresa para ti... ¿Verdad, Luís?

María – ¡Ah, sí?

Luís, incómodo, es salvado por la llegada de Roberto con una baguette bajo el brazo y una botella de champán en la mano.

Roberto – También traje una botella de champán de paso... Para beber con el tronco de Navidad. Además, hay que celebrar esto, ¿Verdad...?

Luís – ¿Esto?

Carmen – ¿Celebrar qué?

Roberto (*a María*) – ¿Todavía no se lo has dicho?

María – Te estaba esperando, después de todo...

Minas perplejas de Luís y Carmen.

Roberto – Bueno, ¿pero vaya cara que estáis poniendo? ¿Un problema con el bebé?

Luís – No, no os preocupéis, no es nada grave.

Carmen – Bueno, sí, algo...

María – Bien sabemos que es un poco difícil para vosotros en este momento...

Carmen – ¿Ah sí?

María – Los dos en este pequeño apartamento en los suburbios...

Carmen – Claro...

María – En fin... Vivir unos encima de otros, así, suponemos que no debe favorecer la armonía de la pareja...

Roberto (*bromeando*) – Ah, eso... Encima unos de otros... Depende, ¿no?

María – Y en cuanto a formar una familia...

Roberto – Se dice que en las grandes ciudades, la mitad de los matrimonios termina en divorcio...

Carmen – Sí, por cierto, Luís tenía algo que decirles al respecto...

Roberto – Ah, ¿sí?

María – Bueno, nosotros también tenemos una gran noticia para darles.

Luís – ¿Ah, sí?

Carmen – Primero nosotros, si nos permiten.

Luís – Pero no, vamos...

María – Luís tiene razón. Será mejor que escuchéis primero lo que tu padre y yo tenemos que deciros. Algo me dice que esto podría resolver todos sus problemas.

Carmen – ¿En serio?

Roberto – En todo caso, probablemente los pondrá mucho más cómodos para hablarnos del tema que les preocupa.

Carmen – ¿No me digan que vosotros también se van a divorciar?

María – ¿Divorciar? ¡Pero no, claro que no! ¡Qué idea tan rara!

Roberto – A nuestra edad...

María – ¿Por qué también?

Carmen – ¿Tienen cáncer?

Roberto – ¡Pero no, para nada!

María – Casi parece que estás decepcionada.

Luís – Entonces, ¿qué sucede, suegra hermosa?

Roberto – No vamos a discutir eso de pie. Sentaros, tomemos el aperitivo.

María (*con una insinuación*) – Siéntanse como en su casa...

Se sientan los cuatro alrededor de la mesa baja, y Roberto sirve el aperitivo con las botellas que están sobre ella.

Roberto – ¿Vermut para todos, como de costumbre? Excepto para la mujer embarazada, obviamente...

Luís – Vamos...

Roberto levanta su copa y los demás lo imitan.

Roberto – ¡Por sus amores!

María – ¡Y por nuestro nieto!

Carmen – Tal vez sea una niña...

Roberto – No es nuestra primera opción... Una chica, ya tenemos una, pero bueno...

María – ¡Si es una niña, la amaremos de todos modos!

Brindan y dan un sorbo.

María – Tomen cacahuetes...

Roberto – Bueno, no los haremos esperar más.

Se voltea hacia María.

María (*a Roberto*) – Vamos tú...

Roberto – ¡Ah no, el honor es tuyo! Fue tu idea desde el principio. Aunque debo decir que ahora estoy totalmente de acuerdo...

María – Bueno, aquí va... Ven, bajo el árbol de Navidad, no hay ningún regalo para vosotros...

Carmen (*consternada*) – ¿Y esa es la sorpresa?

María – Es porque este año hemos decidido daros un regalo que no cabe en un paquete...

Luís – Vaya...

Carmen – Déjame adivinar... ¿Una tienda de campaña? Ya que insistieron en que nuestro apartamento era demasiado pequeño.

Roberto – Ah, casi aciertas...

Carmen – Luís, podrás montarla en el Parque del Retiro mientras encuentras otro lugar.

Roberto – Vamos, deja hablar a tu madre, si no, nunca lo lograremos.

María – Así es... Como sabéis, Roberto se jubilará en primavera...

Carmen (*atónita, a Luís*) – ¿Tú lo sabías?

Luís incómodo.

Roberto – Haremos de nuestro apartamento en Benidorm nuestra residencia principal...

María – Y hemos decidido donaros esta mansión para que criéis juntos a vuestros futuros hijos.

Luís y Carmen asombrados.

Negro.

ACTO 2

Los mismos, justo donde los dejamos.

Roberto – Parece que no os hace feliz...

Luís – Ah, sí, sí... No, no... Quiero decir que... No nos esperábamos esto en absoluto... ¿Verdad, Carmen?

Carmen – Pero... ¿por qué ahora?

Roberto – ¡Es Navidad!

María – Si no lo hacemos ahora, nunca lo haremos...

Roberto – María tiene razón... No estoy haciéndome más joven, ya sabéis...

Luís – Vamos, aún estáis en la plenitud de la vida, los dos.

María – Justamente. Si queremos disfrutar un poco de los años dorados que nos quedan, ¡es ahora! ¿Verdad, Roberto?

Roberto – A los 80 años... Si es para pasear por las ramblas con un andador... Mejor pagarnos directamente una buena residencia de ancianos medicalizada.

María – Entiendo que estéis un poco desconcertados por no tenernos cerca en Madrid, pero...

Roberto – ¡Podréis venir a visitarnos cuando queráis!

María – ¡Y enviarnos a vuestros hijos durante las vacaciones, por supuesto!

Luís – No... No sabemos qué decir... ¿Verdad, Carmen?

Carmen – Sí... Se puede decir que nos deja sin palabras...

María – Es cierto que esta casa se ha vuelto demasiado grande para nosotros.

Roberto – Ni hablar de la factura de calefacción, si no, no la queráis tomar.

María – Ya no tenemos hijos a cargo...

Carmen – Aunque en realidad, nunca fui una carga pesada para vosotros, ¿verdad?

Luís – Vamos, Carmen...

María – Vosotros pronto necesitaréis más espacio.

Roberto – Y además, el centro de Madrid... Será mejor que las afueras, ¿no?

María – Cuando este niño vaya a la escuela...

Roberto (*riendo*) – Si no queréis que aprenda árabe como primer idioma.

María – Aquí solo tenemos algunos Sudamericanos.

Roberto – Nuestra criada es Ecuatoriana...

Luís – Es cierto que...

Carmen – ¿Qué?

Luís – Nada.

María – Honestamente, antes de la boda de Carmen, nunca se nos habría ocurrido dejaros esta casa...

Carmen – Gracias por aclararlo...

Roberto – Hay que reconocer que puedes ser un poco despistada, a veces.

Carmen – Soy contadora. Se nos conoce por eso.

Roberto – Pero con Luís...

María – Sabemos que podemos confiar en él. ¿Verdad, mi pequeño Luís?

Luís sonríe, muy incómodo.

Roberto – Bueno, entonces está decidido. Podemos sentarnos a comer.

María – Pero vosotros también teníais algo que anunciarnos, ¿no?

Luís – Eh... Sí...

María – Te escuchamos, mi pequeño Luís...

Luís – Entonces... Carmen y yo...

Carmen (*interrumpiendo*) – A estas alturas, ¿puede esperar hasta el postre, no?

Roberto (*a María*) – Por cierto, ¿pensaste en sacar el tronco para descongelar?

María – De todas formas, si querías hablar de tus problemas de vivienda, ya están resueltos.

Roberto – Y tengo que poner esta botella de champán a enfriar...

María – Con esta inmensa casa... Para llenarla, tendremos que tener al menos media docena de nietos.

Roberto – Bueno, mejor que te ocupes de tu pierna, si no... ¿sabes lo que pasa con la pierna? Antes de tiempo no es hora... ¡después de tiempo ya no es hora!

María – Ahí voy...

Roberto – Te acompaño...

Luís también se levanta. Carmen, devastada, permanece sentada.

María – Quédate sentada, Carmen. Te recuerdo que estás embarazada...

Carmen (*irónica*) – Ah, sí, gracias por recordármelo... Soy tan despistada, siempre me olvido de eso...

Mirada tierna de los padres sobre el vientre de su hija.

Roberto – ¿Ya encontrasteis un nombre para ese pequeño?

Carmen – No sabemos si es niña o niño...

Roberto – Ah, sí, es verdad... Qué idea tan extraña...

María – Bueno, los dejamos hablar de todo esto entre vosotros. Pero todos los documentos están ahí, en el escritorio. Solo falta firmarlos.

Roberto – Lo haremos en el momento del postre.

María – Y de la distribución de regalos...

Luís – No estoy seguro de que el nuestro esté a la altura...

Carmen (*mirando hacia el árbol de Navidad*) – Mierda, el regalo...

Roberto – Sabíamos que esto os iba a afectar.

Roberto y María, sonriendo, salen hacia la cocina.

Carmen (*después de un tiempo*) – Ah, los desgraciados...

Luís – ¿Perdón?

Carmen – ¿Los escuchaste? A mí, nunca me habrían dejado nada en su vida...

Luís – Pero... quieren darte su casa...

Carmen – ¿Ellos? ¿Darme algo? Incluso el viejo Seat de mi madre, hace seis meses estaba tan orgullosa de haberlo vendido por 600 euros! Mientras yo luchaba en transporte público, embarazada hasta los ojos...

Luís – No tienes licencia de conducir...

Carmen – ¿Para qué voy a sacarla si no tengo coche!

Luís – Sí, obviamente...

Carmen – ¡Nunca me han dado nada, te lo digo!

Luís – Sin embargo, te pagaron la universidad.

Carmen – ¡Estás bromeando! ¡Tuve que limpiar casas para pagar mi inscripción en la universidad y comprar mis tickets de restaurante universitario! Incluso tuve que adoptar el acento ecuatoriano, de lo contrario, en el barrio, nadie quería contratarme en negro.

Luís – Creo que tu padre hubiera preferido que estudiaras odontología, como él...

Carmen – Aun así... No se corta el sustento a su hija porque ella decidió ser contadora...

Luís – Claro...

Carmen – Nunca me han hecho un regalo, excepto un suéter tejido por mi madre en Navidad. ¡Y ahora están dispuestos a dejar su propia casa a mi marido! Un cretino que me engaña con todo lo que se mueve.

Luís – Estás exagerando...

Carmen (*al borde de las lágrimas*) – No puedo creerlo...

Luís – Vamos, no te pongas así...

Luís hace un gesto hacia ella para consolarla, pero ella lo rechaza.

Carmen – Mi padre nunca me habría permitido ver su contabilidad, ¡y a ti estaría dispuesto a darte el código de su tarjeta de crédito!

Luís – Pero yo no he pedido nada...

Carmen – Ya te habían dado las llaves de la casa, eso era una señal...

Luís – Mira, lo siento mucho. Pero si te sirve de consuelo, no aceptaré esta donación... Quiero decir, ni siquiera en nuestro nombre común...

Carmen – No parecía que estuvieras ansioso por decir que no, hace un rato...

Luís – Les hacía tanta ilusión...

Carmen – Sí, claro...

Luís – Bueno, en cualquier caso, en cuanto regresen, les diré toda la verdad...

Carmen – ¿Qué verdad?

Luís – Ya sabes...

Carmen – Pensé que no querías divorciarte.

Luís – No, por supuesto. Pero ahora, ¿cómo hacerlo de otra manera? Parecería que quiero quedarme contigo solo para heredar una casa en el centro de Madrid... De hecho, voy a decírselo ahora mismo y me largo. Al menos te ahorraré eso.

Carmen – ¡Ah, no, eso no!

Luís – ¿De verdad quieres presenciar esa escena dolorosa?

Carmen – Te quedas aquí, y no les dices nada.

Luís – ¿Pero pensé que...?

Carmen – Eso fue antes.

Luís – ¿Ya no quieres divorciarte?

Carmen – ¡No antes de que mis padres hayan firmado esos malditos papeles!

Luís (*atónito*) – Pero...

Carmen – ¿Pero te das cuenta? ¡Pueden vivir hasta los cien años! Si heredo a los 80, ¿qué diablos voy a hacer con todo su dinero? Así que no digas nada hasta después del postre, ¿entendido? Firmamos los papeles y en dos o tres meses les decimos que nos divorciamos. Cuando se muden a Benidorm y yo haya tomado posesión de la casa.

Luís – Pero, esto es... ¡Sería inmoral!

Carmen – ¿Tú me hablas de moral? (*Un momento*) Me lo debes, ¿no?

Luís – Muy bien...

Carmen – Y piensa que si me convierto en la propietaria antes de que nos divorciemos, tu pensión alimenticia se reducirá en consecuencia...

Luís está a punto de responder. Es interrumpido por el sonido de su teléfono móvil. Contesta mecánicamente.

Luís – Sí... (*Avergonzado*) No es el momento, lo siento. (*Se aleja, pero sigue siendo perseguido por la mirada de Carmen.*) Ya sé, pero no veo cómo podríamos seguir trabajando juntos después de... este lamentable incidente. No podemos realmente hablar de un despido... Digamos que es una transferencia, ya que te ofrecí de inmediato un puesto de asistente en otro consultorio dental... Sí, claro, empiezas el lunes... Muy bien... No... No quiero hablar de eso ahora mismo... Colgaré, ¿vale?

Carmen – Entonces también tiene tu número de móvil.

Luís – Es mi asistente... Bueno, lo era... Sabes muy bien que después de lo que pasó, decidí separarme de ella de inmediato...

Carmen – ¿Separarte de ella?

Luís – Quiero decir... No mantenerla en el consultorio...

Carmen – ¿Y le encontraste otro trabajo? Debo reconocer que en este asunto, si me permites decirlo, te has comportado como un caballero...

Luís – No podía despedirla así como así.

Carmen – Sí, claro... Sería difícil invocar una falta profesional... (*Irónicamente*) Era una buena trabajadora, ¿no? Según lo que pude ver de la amplitud de sus habilidades...

Luís – Si no le hubiera ofrecido un acuerdo, yo podría haber tenido problemas con los tribunales laborales.

Carmen – Claro... Después de todo, es verdad, no es como si ella te hubiera violado... ¿Y en qué consultorio lograste encontrarle otro trabajo a la altura de su talento?

Luís – No te gustará, pero había urgencia...

Carmen – Dime...

Luís – Como me encargo de su contabilidad, sabía que la asistente de tu padre se retiraba el 31 de diciembre...

Cara atónita de Carmen. Roberto regresa.

Roberto – ¡Y ahí está! ¡El cordero está en el horno! Vamos a empezar con los entrantes, en media hora estará listo. Espero que no esté demasiado cocido. (*A Luís*) Le dije a tu suegra que bajara la temperatura del horno, pero ya sabes cómo son las mujeres... Nunca escuchan lo que les decimos... ¿Quieres un poco más de Vermut, mi querido yerno?

Luís – No, gracias, estoy bien...

Roberto (*a Carmen*) – A ti, por supuesto, no te ofrezco nada... (*A Luís*) Hoy en día, en la facultad de medicina, les enseñan que la menor gota de alcohol puede ser muy perjudicial para el desarrollo intelectual del feto, pero en nuestra época, ya sabes... (*A Carmen*) Te puedo decir que tu madre, cuando estaba embarazada de ti, no solo tomaba helados... (*A Luís*) Habría preferido que fuera dentista, como yo, pero qué se le vamos a hacer... En fin, contable también está bien...

Carmen – Contadora, ya te lo he dicho cien veces.

Roberto – A propósito, Carmen, ¿te importaría recoger los aperitivos y ayudar a tu madre en la cocina? Necesito hablar un poco con mi yerno...

Carmen, indignada, recoge algunos vasos y se aleja hacia la cocina, bajo la mirada incómoda de Luís.

Roberto – Dime, tengo ganas de ver el lunes cómo es la nueva asistente que me envías. Treinta años... Cambiará un poco. La mía tenía el doble... No podré disfrutarla por mucho tiempo, pero bueno... ¿Cómo es esa... Natacha?

Luís – Hace muy bien su trabajo...

Roberto – ¿Físicamente, quiero decir?

Luís – Escucha... Bastante alta... Bastante rubia...

Roberto – ¿Guapa?

Luís – No está mal...

Roberto – Entonces, ¿por qué diablos quieres deshacerte de ella?

Luís – Digamos que... el consultorio le quedaba un poco lejos. Vive en el centro...

Roberto – Ah, sí, claro... Por cierto, verás qué divertido, pero podrías volver a verla más pronto de lo que crees, a esa... Natacha.

Luís – ¿De verdad...?

Roberto – De eso es precisamente de lo que quería hablar contigo. ¡Entre hombres!

Luís – Me intrigas, Roberto...

Roberto – Verás... Como acabamos de anunciarte, en primavera nos instalaremos definitivamente con María en Benidorm... Lo que significa, por supuesto, que me jubilaré del consultorio... ¿Me sigues?

Luís – Seguirte... ¿en Benidorm?

Roberto – Te he conocido más animado que eso, mi pequeño Luís. Menos mal que no has tomado otro Vermut. No, quiero decir que necesitaré un sucesor para el consultorio.

Luís – Entiendo...

Roberto – Como sabes, el consultorio está justo al frente de esta casa. Esto le permite a mi esposa mantener un ojo en mí desde su ventana... Para vosotros obviamente, cuando viváis aquí, sería más que conveniente...

Luís – Por supuesto...

Roberto – Y luego, el centro de Madrid, en esta mansión ¿verdad? Será un cambio para vosotros.

Luís – Claro...

Roberto – En cuanto al consultorio, en este barrio elegante, es un muy buen negocio... Lo sabes bien, ¡tú llevas mi contabilidad! Así que ya estamos un poco asociados, ¿no es así?

Luís – Sí...

Roberto – Bueno, al pedirte un poco de ayuda con mi contabilidad, ya tenía una pequeña idea detrás de la cabeza, obviamente...

Luís – Me lo imagino...

Roberto – Entonces, ¿qué dices?

Luís – Bueno... No estoy seguro de tener los medios para establecerme por mi cuenta todavía... Como lo dices tú, una oficina como esta, en pleno centro de Madrid, con una clientela así... Vale oro. No sé si mi banco aceptaría...

Roberto – ¡Pero quién le está hablando de banco, mi pequeño Luís! ¿Eres o no de la familia?

Luís – Sí, pero...

Roberto – ¡No vas a pedirles nada a estos vampiros del banco, que para un préstamo a los veinte años te succionan hasta la médula! No, encontraremos un acuerdo que nos convenga a ambos. Me pagarás un pequeño alquiler cada mes, eso me dará un complemento de jubilación, ¡y todo lo demás será para pagar la factura de combustible, la tasa de propiedad y los impuestos locales de esta inmensa mansión que pronto será tuya! ¿Qué dices?

Luís – Pues la verdad... No sé qué decir...

Roberto – Bueno, no digas nada y déjate llevar... Y luego, dentro de tres meses, estarás aquí con la pequeña Natacha... Confíe en mí, la mantendré caliente mientras tanto. Porque hoy en día, para encontrar personal competente, ¿verdad?

Luís – Sí... Al final, me serviré otro vaso de Vermut.

Luís se sirve otro vaso de Vermut y lo bebe de un trago.

Roberto – Es bueno, ¿verdad?

Luís – Sí...

Roberto – Fue mi asistente quien me lo trajo de Cataluña... Ya sabes, Montserrat... Aquella que se jubila... En verdad, la extrañaré, a ella y su Vermut... Porque entre nosotros, Benidorm en invierno a solas con mi mujer bebiendo té... En fin, solo se vive una vez... Entonces, ¿estás feliz, mi pequeño Luís?

Luís – Si estamos entre hombres, Roberto, permíteme hacerte una pregunta.

Roberto – Adelante.

Luís – Formáis una pareja tan unida, tú y María. ¿Cuál es vuestro secreto a ambos?

Roberto – Me conmueve que me lo hayas pedido, Luís... Estás empezando en la vida... Yo también fui joven, ¿sabes? No te voy a decir que nunca hice alguna travesura en mi matrimonio. Después de todo, somos humanos... Y con el trabajo que es el nuestro... Tenemos tentaciones...

Luís – Es cierto...

Roberto – Con todas estas mujeres aburridas haciendo cola en nuestra sala de espera para tumbarse en el sillón con la boca abierta... y que a menudo solo están allí para una buena limpieza dental... ¿Sabes lo que quiero decir?

Luís – Sí, bueno...

Roberto – No, mi pequeño Luís. Para que una pareja dure, lo importante no es ser fiel a tu esposa toda la vida. A lo imposible, nadie está obligado. Lo importante, si la engañas, es que nunca se entere...

Luís – Ah...

Roberto – Y aún más importante, que los vecinos nunca se enteren. Es una cuestión de respeto, ¿entiendes?

Carmen vuelve para poner la mesa.

Roberto – Ah, mi querida, estás aquí... Bueno, voy a ver qué está haciendo mi esposa en la cocina, porque a este ritmo, no vamos a dormir temprano... ¿Te dejo hablar de esto con Carmen? Quiero decir, de mi propuesta, ¿eh? No de mis consejos matrimoniales...

Carmen – ¿De qué estáis hablando exactamente?

Luís (*devastado*) – Quiere que también tome su sucesión en la clínica dental...

Carmen – No...

Luís – Ves, no podemos mentirles más...

Carmen – ¡Eso es el colmo! Todo para ti, ¿verdad?

Luís – Bueno... Él piensa que nuestra relación está en su mejor momento... Lo que es mío es tuyo... Ves, no tenemos otra opción...

Carmen – ¡Ah, no, definitivamente no! Si les decimos que nos vamos a divorciar, es posible que me deshereden, pero aún así te dejarán la clínica dental completamente equipada... ¡Incluyendo la asistente sexy!

Luís – Pero, Carmen, engañé a su hija... Tu padre podría entenderlo, en cierto modo...

Carmen – ¿En serio?

Luís – ¡Pero no tu madre!

Carmen – ¿Crees eso?

Luís – ¡Por supuesto! (*Una pausa*) Y tienes razón, no podía funcionar entre nosotros...

Carmen – ¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

Luís – Llevas tres años en terapia, no me digas que aún no lo has entendido...

Carmen – ¿Entendido qué?

Luís – Tu padre es dentista. Te casas con un dentista. Tu madre controla el dinero, eres contadora. ¿Tu psicoanalista nunca te ha hablado del complejo de Edipo?

Carmen – Mi psicoanalista no es de los que hablan mucho...

Luís – Escucha, Carmen, me elegiste para agradecerles a tus padres. Yo, por mi parte, hice todo para complacerles. ¡Y ahora me reprochas haber tomado tu lugar con ellos!

Carmen – Y tu aventura con Natacha, ¿también fue para complacerles...?

Luís – Vale, ganaste...

Carmen – Entonces, ¿es culpa mía?

Luís – No es culpa de nadie, Carmen... Pero estoy cansado de ser el yerno perfecto. No, no soy perfecto. Y si quieres saberlo todo, tus padres me fastidian.

Carmen – ¿Ah, sí? Eso es nuevo...

Luís – Pues no, ¡no es nuevo! ¿Crees que me divierte atravesar Madrid dos veces por semana para venir a cenar con tus padres? Todo eso para escucharte hablar mal de ellos durante una hora de ida y vuelta. Dos horas cuando hay tráfico...

Carmen – Nunca me lo dijiste...

Luís – ¡Pues te lo digo ahora! Tus padres siempre me han fastidiado, Carmen. Si hice todo para agradecerles, fue solo para hacerte feliz. Suegra por aquí, suegro por allá. Nunca una palabra de más. Pero ahora que te voy a perder, puedo decírtelo, Carmen. ¡Ya no aguanto más a tus padres!

María regresa con un plato en las manos.

María – ¡A la mesa, por favor, Luís!

Luís – ¡Vete a la mierda, María!

María – ¡Por fin te decides a llamarme por mi nombre Luisito!

Luís (*a Carmen*) – Te dejo que se lo digas tú. Yo no puedo más, voy a fumar un cigarrillo.

María – ¿Un cigarrillo? ¡Pero si no fumas!

Luís – Sí, fumo, créame. A escondidas. ¡Incluso drogas a veces!

Luís se va.

María – Pero, ¿qué ha pasado, Carmen? ¿Qué le has hecho para ponerlo en tal estado?

Carmen – ¡Luís y yo nos estamos divorciando, eso es lo que pasa!

María – ¡Oh, Dios mío! ¿Le has engañado? ¡Ese niño no es suyo!

Carmen – ¡Él me ha engañado a mí!

María – Ah, me has asustado... Pero, mi niña, los hombres son así... No están programados para la monogamia, hay que saberlo... Y además en estos tiempos...

Carmen – ¿Qué pasa en estos tiempos?

María – Estás embarazada, qué quieres que te diga. Es decir, ya no estás operativa... ¿Con quién te ha engañado?

Carmen – Con su asistente...

María – ¿Con su asistente? Entonces no cuenta, mi pequeña. Antiguamente, los burgueses se acostaban con sus criadas para relajarse un poco. Había habitaciones en la planta superior para eso. Ahora que ya no es permitido follar a las criadas sin su consentimiento... se les llaman asistentes. Pero es lo mismo.

Carmen – ¡Pero es monstruoso! ¿Me dices que papá también te ha engañado a ti...?

María – Mira, yo elegí la asistente de tu padre...

Carmen – ¿Montserrat?

María – Yo nunca he sido muy dada a eso... Bueno, no con tu padre, en cualquier caso... Así que, al menos, con Montserrat, sabía con quién trataba...

Carmen – Ah, vale... ¿Y tú te liabas con el jardinero, supongo?

María abofetea a su hija, que se queda sin palabras. Roberto vuelve.

Roberto – Bueno, entonces podemos sentarnos a la mesa... (*Carmen se va*) ¿Por qué la has abofeteado?

María – Me acaba de decir que Luís la engaña.

Roberto – ¿Y no es cierto?

María – Sí, seguramente... ¿Pero sabes lo peor?

Roberto – ¿Qué?

María – ¡Luís Fuma!

Roberto también se queda sin palabras.

Roberto – ¡Vaya por Dios! Y yo que le acabo de proponer que tome mi consultorio...

María – Tu hija quiere divorciarse...

Roberto – ¿Porque él fuma?

María – ¡Porque la engañó con su asistente!

Roberto – ¿Natacha?

María – ¿La conoces?

Roberto – No... Es decir, que... Sabes que Montserrat se jubila a fin de año...

María – ¿Y qué?

Roberto – Luís me ha propuesto que tome a Natacha.

María – Como una segunda mano, por así decirlo...

Roberto – No sabía que era su amante...

María – Entonces, ¿Montserrat ya no te es suficiente?

Roberto – ¡Se jubila!

María – Todos sois iguales... Escúchame bien, Roberto. Sabía que me engañabas en el consultorio con Montserrat. La contraté para tener un poco de paz en casa. Pero que me engañes con una jovencita, ¡no lo toleraré!

Roberto – Pero María, ¿qué te pasa?

María – Pues que estoy harta, ¿sabes? ¿Y si yo también pidiera el divorcio?

Roberto (*contrariado*) – Entonces, tendré que buscar otro comprador...

María – ¿Para qué?

Roberto – ¡Para la clínica dental! Huele a quemado, ¿no?

María – ¡Oh Dios mío, se me olvidé el cordero!

Roberto – Seguro que está demasiado cocido... Como el año pasado...

Negro.

ACTO 3

Los cuatro están sentados a la mesa y terminan de cenar. El ambiente es siniestro.

Roberto – ¿Conocéis este chiste? Una mujer llega corriendo a su ginecólogo: "Disculpe, ¿no será que dejé mis braguitas aquí?" A lo que el doctor responde: "No, señora, lo siento". Y la mujer dice: "Ah, entonces debe ser en el consultorio de mi dentista...".

Aparte de él, nadie se ríe, obviamente.

María – ¿Qué les pareció el cordero?

Roberto – Quizás un poco cocido de más, ¿no?

Luís – "Carbonizado" sería un término más adecuado. Creo que a este punto podríamos hablar de incineración.

María – ¿Un poco más de champán para terminar el postre?

Luís – Con mucho gusto.

Luís, que parece bastante borracho, toma la botella de champán sin permiso y bebe directamente de ella. Eventualmente, eructa.

María – ¿Está lo suficientemente frío?

Luís – Está tibio, como siempre.

Roberto – Ah, sí, debería haber puesto la botella en el refrigerador antes...

María (*a Roberto*) – ¿Ves? ¿Qué te dije?

Luís – En cambio, el tronco de Navidad deberías haberlo sacado del congelador antes.

María – Es un tronco helado...

Luís – Ah, sí, pero... Está completamente criogenizado. Es un peligro para los dientes.

Roberto – Se van a reír, pero en el consultorio, durante la temporada de la tarta de Reyes, tenemos mucho trabajo...

Luís saca un porro y lo enciende, bajo la atenta mirada de Roberto y María.

Roberto – ¿Podemos empezar con los regalos?

Carmen (*volviendo a la realidad*) – ¿Los regalos...?

María (*mirando a su hija*) – No sé si...

Roberto – Vamos, Carmen. No te hagas la niña. ¿No estás pensando seriamente en divorciarte? Bien, Luís cometió un pequeño error, pero le puede pasar a cualquiera.

María – Tú sabes de qué hablas...

Roberto – De todos modos, no te divorcies así como así, por un simple error de desvío.

Carmen – ¿Un error de desvío?

Luís – Te estás descarrilando, mi pobre Roberto...

María (*a Carmen*) – Escucha, mi pequeña, lo siento por haberte abofeteado antes. Me dejé llevar un poco, es verdad. Pero reconoce que me habías llevado al límite...

Roberto – Es verdad, Carmen, hay que admitir que a veces te pasas de la raya.

Carmen – Lo sé, soy un poco extravagante.

María – Ah, al menos lo admites.

Luís – ¿Sabes lo que realmente hubiera querido hacer en la vida?

Roberto – ¿Qué es, mi querido yerno?

Luís – ¡Cantante!

María – ¿Cantante? ¿Quieres decir... como Julio Iglesias?

Luís (*irónico*) – No, ¡como Mick Jagger! ¿Sabes? (*Cantando*) ¡I can get no, satisfaction...!

Los otros tres lo escuchan, sorprendidos.

Roberto – Bueno, yo, por mi parte, siempre había querido tocar la batería.

María – ¿Tú? ¿La batería? ¿Pero por qué?

Roberto – No lo sé... Siempre me ha gustado... ¿Te sorprende, verdad?

María – Nunca me lo habías dicho.

Roberto – Lo que demuestra que en una pareja no siempre se dicen todo...

Luís – ¿Te das cuenta, Roberto? ¡Podríamos haber formado una banda, tú y yo! ¡Podríamos haber sido estrellas del rock and roll! Y en cambio, somos dentistas. Es para pegarse un tiro, ¿no?

María – Bueno, entonces, al final vamos a poder firmar esos papeles...

Roberto – Sí, claro que sí.

Luís – Tanto como firmar nuestra sentencia de muerte.

Roberto se levanta y va a buscar el papel. Cuando vuelve, Luís también se levanta, un poco tambaleante. Toma el papel de las manos de Roberto y lo rompe cuidadosamente.

Luís – ¡No quiero esta casa! ¡Huele a muerte!

Roberto – ¿Perdón?

Luís – Tu consulta tampoco, con tu clientela de viejas burguesas estiradas de todas partes.

Roberto – Es cierto que la clientela es un poco mayor, pero bueno... ¡Es mejor para los negocios, ya sabe! La prótesis, como siempre digo, es donde más margen se hace.

Luís – ¡Tu consultorio también huele a muerte!

Roberto – No te preocupes, ya verás, uno se acostumbra...

Luís (*de la risa al llanto*) – ¡Lo único que quería de vosotros era a vuestra hija! Si me deja, pierdo lo más valioso que tengo en el mundo. (*Carmen parece conmovida por esta declaración.*) Perdóname, mi amor. Pero si te engañé, fue porque sentía que ya me habías dejado... por esos dos viejos idiotas.

María – ¿Querías dejarlo?

Roberto – Creo que es una metáfora...

Luís – Créeme, Carmen, lo peor que nos puede pasar es convertirnos en ellos.

María – ¿Ha bebido un poco, no?

Roberto – Bueno, de vez en cuando.

María – No es Navidad todos los días...

Luís – ¿Sabes qué? Realmente no conocí a mis padres. Siempre pensé que era una tragedia. Pero desde que estoy contigo, descubrí lo que realmente es la vida familiar, y empiezo a preguntarme si no tuve suerte después de todo... (*Silencio sepulcral*) Aquí están las llaves de vuestra casa... Os las devuelvo...

Carmen – Voy contigo, cariño...

Luís deja las llaves sobre la mesa y sale con una marcha incierta. Carmen se enfrenta a sus padres.

Carmen – Siempre he hecho todo lo posible para que estuvierais orgullosos de mí.

Roberto – Lo sé.

Carmen – ¿Entonces por qué? ¿Por qué nunca me han tratado como a un adulto?

María – Tal vez teníamos miedo de envejecer...

Carmen (*a su padre*) – ¿Sabes lo que más me duele hoy en día? No es saber que no estás orgulloso de mí. Es la certeza de que nunca más estaré orgullosa de ti.

Roberto – Debe ser eso, convertirse en adulto...

Carmen sale. Roberto y María se quedan solos. El reloj o el cuco suenan las once.

Roberto – Once de la noche. No nos dimos cuenta del tiempo que pasó...

María – ¿Quieres tu infusión?

Roberto – Noche tranquila... Solo el nombre ya me molesta.

La mirada de María se posa en los regalos debajo del árbol de Navidad.

María – Con todo esto, ni siquiera abrimos nuestros regalos.

Se acercan al árbol y miran los dos paquetes.

María (*leyendo*) – Para Roberto... Debe ser para ti...

Cada uno toma su paquete y comienza a desempacarlo.

Roberto – ¡Un par de zapatillas! Como el año pasado...

María – ¡Ah, sí! Parecen muy calientes...

Roberto – ¿Y tú?

María abre su paquete y saca algo que se parece mucho a un juguete sexual.

María – ¿Qué es esto?

Presiona un botón y el dispositivo comienza a vibrar.

Roberto – Un cepillo de dientes eléctrico, supongo...

María – Pero, ¿dónde está el cepillo?

Roberto no tiene tiempo de responder. Luís regresa tambaleándose con Carmen, que se sostiene el vientre. Roberto y María quedan sorprendidos.

Luís – ¡Hagáis algo, rápido! ¡Con todas estas emociones, rompió aguas! Y debo admitir que no estoy en condiciones de conducir...

Luís se desploma en el suelo, mientras Carmen se derrumba en el sofá.

Carmen – Apúrense, estoy a punto...

Roberto – Creo que sería mejor llamar a la ambulancia...

María corre hacia su teléfono.

María – ¡Oh, Dios mío! ¿Qué les digo?

Roberto – Parto prematuro y coma etílico. Nos harán una tarifa grupal...

Negro.

Epílogo

Carmen llega a la casa con bolsas de compras. Se voltea hacia la persona que la sigue y que aún no se ve.

Carmen – ¿Cambiarás el pañal a Roberto? Me parece que huele...

Luís llega a su vez con un bebé en una cuna que obviamente no se verá.

Luís – Aún me suena raro este nombre... ¿Realmente crees que fue una buena idea llamarlo así?

Carmen – ¿Roberto? Seguramente volverá a estar de moda...

Luís – Sí... Tal vez en doscientos años...

Carmen – Les debíamos eso... Al final, heredamos la casa y el consultorio...

Luís – Sí...

Carmen – Qué idea por otra parte de tomar un vuelo de bajo costo para un viaje de Madrid a Benidorm.

Luís – El tren también va rápido... y es mucho más seguro.

Carmen – Sabían que esa compañía de bajo costo tenía muy mala reputación.

Luis echa una mirada circular a la habitación.

Luís – Es extraño saber que ahora es nuestra casa.

Carmen – Sí...

Luís – ¿Realmente crees que fue una buena idea mudarnos aquí?

Carmen – Está justo enfrente de la clínica dental...

Luís – Sí...

Carmen – Y creo que les habría dolido saber que vendimos su casa.

Luís – No es fácil deshacerse de la herencia familiar...

Carmen – Siempre podremos pintar de nuevo. ¿Conoces a un buen pintor?

Luís – Pensaba en algo más radical.

Carmen – ¿Un exorcista?

Se besan, pero su abrazo es interrumpido por el timbre de la puerta. Luís va a abrir.

Luís – Suegra hermosa. ¡Pensamos que no la veríamos de nuevo!

Roberto y María llegan, seguidos de Luís.

María – Bueno, no, mi pequeño Luís. ¡No se desharán de nosotros tan fácilmente!

Roberto – Hola, hola...

Carmen – ¿Así que su ataúd volador finalmente despegó?

María besa a Carmen.

Roberto – ¿Cómo está Roberto Junior?

Carmen – Muy bien, muy bien... ¿Y vosotros, cómo estáis?

María – El avión tenía un poco de retraso, pero bueno... Tomamos un taxi.

Roberto – De lo contrario, apenas habríamos tenido tiempo de pasar a veros...

Luís – De todos modos, ¡Parecéis radiantes! ¡Les sienta bien la jubilación! ¿Verdad, Carmen? ¡Parecen una pareja de recién casados!

Roberto y María parecen un poco incómodos.

Luís – ¿Hace buen tiempo en Benidorm?

Roberto y María responden al mismo tiempo.

Roberto – Espléndido...

María – Está lloviendo...

Roberto – Digamos... un clima tormentoso con algunas claridades de vez en cuando.

Carmen – ¿Todo va bien allí?

Luís – ¿No se están aburriendo demasiado?

María – Desde que estamos jubilados, estamos tan ocupados, cada uno por su lado... Ni siquiera tenemos tiempo para discutir...

Roberto – Me encontré con Natacha que salía del consultorio. ¿Entonces la han contratado finalmente?

Carmen – Es temporal...

Silencio incómodo. María se inclina hacia la cuna.

María – Es increíble lo mucho que se parece a su abuelo, ¿no?

Carmen – A esa edad, todavía está un poco arrugado...

María – ¿Cuánto pesa?

Carmen – Alrededor de cuatro kilos.

María (*acariciando al bebé*) – Parece un cochinito, ¿no?

Luís – Por supuesto que os quedáis a cenar con nosotros...

Carmen – Os hemos preparado la habitación de invitados.

Roberto – Lo siento... Tomamos el avión en tres horas. ¡Solo estamos en tránsito!

Luís – Estos jóvenes jubilados... Siempre de vacaciones, ¿verdad?

Carmen (*a Luís*) – Hablando de tránsito, realmente le tienes que cambiar el pañal...

María – Espera, lo haré yo. Tengo que volver a aprender...

Luís – ¿Para Roberto senior en unos años?

Carmen – Siéntate mamá, por favor...

Luís – Tú también, Roberto... (*Hablando de las bolsas de compras*) Voy a dejar esto en la cocina y les ofrezco algo de beber. Tienen al menos cinco minutos.

Luís sale seguido de Carmen con la cuna.

Roberto y María miran alrededor con nostalgia.

Roberto – Es extraño encontrarnos aquí, ¿verdad?

María – Sí...

Roberto – ¿Te arrepientes?

María – No. ¿Y tú?

Roberto – Yo tampoco...

Un momento de silencio.

María – ¿Tienes los papeles?

Roberto – Sí, sí... Solo tenemos que firmarlos...

María – Tendremos que decírselo algún día.

Roberto – Les dará un gran golpe.

Silencio incómodo.

María – ¿Cómo está Montserrat?

Roberto – Está bien.

María – ¿Y Cataluña, cómo es?

Roberto – Se parece mucho a España. Excepto por el idioma...

María – Y también tienes una intérprete.

Roberto – Sí... (*Un momento*) Toco en una orquesta...

María – ¿Tú en una orquesta?

Roberto – Un pequeño grupo folklórico. Toco el tambor. No es muy complicado.

María – Ah, sí, está bien...

Roberto – Deberías venir a vernos.

María – ¿Por qué no?

Roberto – ¿Y tú?

María – He conocido a alguien.

Roberto – ¿Le gusta el pan con nueces?

María – Y la infusión.

Roberto – Noche tranquila...

Nuevo silencio.

María – No sé cómo les diremos esto.

Roberto – Sí... Les dará un gran golpe.

Negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
Encuentro en el andén
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El cuco
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-927-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.